

# Presentación

Las imágenes de las crisis sociales y geopolíticas que cotidianamente irrumpen en los medios y en las pantallas de televisión en su abrumadora mayoría han tenido en las últimas tres décadas como trasfondo más o menos directo el cuerpo de doctrina social y económica conocido como *neoliberalismo*. La aplicación de esta ideología ha sido desigual según los países y regiones que se consideren, pero ha logrado modificar aspectos cruciales del orden social, económico y político de la mayoría de sociedades del sistema mundo.

El paisaje de las clases sociales ha salido profundamente modificado tras estos vendavales y en la mayoría de los casos estos cambios representan un incremento exponencial de las desigualdades en cada sociedad y a escala global; asimismo, se ha expandido la privatización masiva de bienes públicos y de activos estatales y se ha producido un cambio radical en la cultura y en la manera de entender y mirar el mundo. Ha emergido con gran fuerza una narrativa neoliberal de la vida y de la sociedad que trasciende los discursos públicos hegemónicos, también las visiones de sociedad que tienen los partidos y organizaciones de la izquierda tradicional, y que se propone como una visión natural de las cosas.

La perspectiva temporal, la consistencia de los datos macroeconómicos acumulados, las principales líneas de fuerza que emergen en el sistema mundo, la intensidad y diversidad de las crisis que se han desarrollado en estas tres últimas décadas así como la articulación de movimientos opositores y de respuesta nos parecen elementos suficientes para intentar esta-

blecer un balance acerca de este intento de rejuvenecer el capitalismo y restablecer las condiciones de la hegemonía estadounidense.

Los textos que componen este volumen documentan estos distintos aspectos, proponen análisis y señalan algunos elementos de balance y apuntan a perspectivas de futuro.

## Las matrices culturales

Samir Amin introduce uno de sus últimos ensayos con una figura literaria próxima al cuento. Con esta narrativa, el economista egipcio describe la gestación del liberalismo económico en los tempranos comienzos del capitalismo y su mutación desde Estados Unidos, en la segunda mitad del siglo xx, en lo que desde finales de 1970 conocemos como neoliberalismo:

Hacia el final del siglo xx una enfermedad atacó al mundo [...] Al virus que originó la epidemia se le dio el nombre de «virus liberal». Este se manifestó por primera vez en el siglo xvi, en el territorio delimitado por el triángulo París-Londres-Amsterdam. [...] los hombres [...] se acostumbraron a él y desarrollaron los anticuerpos necesarios [...] Pero el virus atravesó el Atlántico y encontró un terreno propicio, desprovisto de anticuerpos, [...] lo cual produjo formas extremas de la enfermedad [...] El virus provocaba en sus víctimas una curiosa esquizofrenia. El ser humano ya no vivía como un ser total [...] Este vivía y se percibía desde entonces, por un lado, como «homo economicus», abandonando a lo que él llamaba el «mercado» la preocupación de solucionar automáticamente su «vida económica», y por otro lado como «ciudadano», que depositaba en unas urnas las papeletas mediante las cuales elegía a aquellos que tenían la responsabilidad de fijar las reglas de juego de su «vida política».<sup>1</sup>

La narración de Amin describe la génesis de un movimiento moderno, que se despliega en su madurez junto a las matrices culturales del postmodernismo, pero que hunde sus raíces en el capitalismo de comienzos del siglo xx y que se formaliza intelectualmente en el centro del capitalismo, en Estados Unidos y Centro Europa como una respuesta anticipada a la sociedad y la forma de organización económica que emergió a partir de finales de la Segunda Guerra Mundial.

En sus comienzos, la diana liberal apuntaba por igual a los principios del *New Deal* norteamericano, a las bases incipientes del futuro Estado del bienestar, la regulación social y la economía keynesiana, siendo quizás su formulación más acabada en la época el texto de Friedrich Hayek *Camino de Servidumbre*. Libro que marco el inicio de un activismo político, ideoló-

gico y cultural de largo alcance tendente a revisar radicalmente las pautas por las que se diseñaban los Estados del bienestar y el capitalismo regulado impulsado entre otras instituciones por la Sociedad Mont Pélerin, formada en Suiza en 1947.<sup>2</sup>

La sorda batalla ideológica y cultural que se desarrolló en torno a esta cuestión crucial quedó opacada durante dos décadas por el éxito del capitalismo de postguerra y la existencia de otras líneas de fuerza tales como la guerra fría y las luchas antiimperialistas en la periferia del sistema, pero en realidad siempre estuvo presente. Un conjunto amplio de intelectuales, pensadores y publicistas mantuvo una actividad intensa aunque principalmente «recluida» en centros académicos, en un entramado creciente de instituciones creadoras de opinión y medios de comunicación, durante las décadas de los años 1950 y 1960. El propio capitalismo keynesiano —que según los pensadores y publicistas neoliberales era responsable de buena parte de los males que aquejaban a las «sociedades libres», contribuyó a fundamentar algunas de las matrices culturales sobre las que se difundió el neoliberalismo, principalmente a través de la poderosísima expansión del consumo, de las pulsiones individualistas y de la cosmovisión representada por la publicidad.

En otro plano, las recomendaciones y la influencia ejercidas por los principales bancos centrales en la formación de la cultura económica de las élites dirigentes y de los principales medios de comunicación también iban en la misma dirección que la estrategia neoliberal y, visto con perspectiva histórica, sus tempranas recomendaciones funcionaron como una herramienta de legitimación y de preparación del terreno para la batalla cultural e ideológica que se avecinaba.

### **Algunos hechos fundacionales**

La ciencia económica académica convencional fue el espacio de expansión «natural» del neoliberalismo y desde donde se materializaron las primeras formulaciones sistemáticas así como la entrada en tromba de sus ideas en algunas sociedades. Primero, en Chile, en 1973, ofreciendo una visión articulada de economía y sociedad basada en los principios filosóficos de lo que inmediatamente después conoceríamos en su formulación actual de neoliberalismo. Y seis años después, en Estados Unidos e Inglaterra, con un conjunto de acontecimientos que cimentaron el cuerpo de doctrina neoliberal.

La temprana irrupción de los ideólogos neoliberales en Chile en 1973-1975 fue premonitoria de lo que al cabo de pocos años sería la formula-

ción más explícita y descarnada del neoliberalismo tal y como lo conocemos ahora. La filosofía en que se sustenta no deja lugar a dudas. La «libertad» es el bien supremo, por encima de la igualdad y de la propia democracia y se expresa fundamentalmente a través de la capacidad de elegir, es por tanto, antes que nada, libertad económica.

El primer plan económico de la dictadura chilena estuvo inspirado por los pensadores neoliberales más influyentes del momento, en particular Milton Friedman y fue monitorizado directamente por una cohorte de economistas jóvenes (los Chicago Boys) que lo aplicaron de forma implacable al amparo de una dictadura militar. Esta es una historia ya conocida como para volver en este texto sobre ella; solamente nos interesa señalar que desde el primer momento, de principio a fin, se hizo evidente que estos planes de reforma económica e institucional eran mucho más que una modernización imperativa *manu militare* y que constituían una nueva forma de guerra social sin cuartel, que se desarrollaría en el futuro inmediato a través de todo el sistema mundo, con intensidades y resultados diversos, descartando la violencia extrema en los países centrales, pero conservando su rasgo característico de guerra de clase. Y esta experiencia también nos ilustra acerca del alcance del concepto de libertad en la filosofía neoliberal.<sup>3</sup>

## **El neoliberalismo como guerra de clase**

La elección de Margaret Thatcher en mayo de 1979 y, pocos meses después, la decisión del presidente de la Reserva Federal noertamericana, Paul Volcker, aún bajo mandato de James Carter, de adoptar una política monetaria que tenía como objetivo principal —en los hechos, único— la lucha contra la inflación, dejando de lado cualquier otra consideración y en particular sus efectos sobre el empleo y los mecanismos redistributivos imperantes, fue el «estreno en sociedad» del neoliberalismo. El cambio radical en los objetivos de la política monetaria y económica fue caracterizado por los analistas como el *shock* de Volcker y se convirtió en una expresión de uso recurrente entre los periodistas económicos y políticos para definir el nuevo paradigma imperante. Sin embargo, los economistas franceses Gérard Duménil y Dominique Lévy utilizan la expresión *golpe de 1979* precisamente para resaltar la violencia política asociada inextricablemente a este movimiento en profundidad de las clases dominantes del centro del sistema.<sup>4</sup>

La posterior elección de Ronald Reagan en 1980 acabó por consolidar un espacio económico fundamental y con suficiente masa crítica desde

donde se difundía lo que ya se muestra explícitamente como una respuesta articulada y coherente a la gran crisis del capitalismo.

En breve: esta respuesta se tradujo en un incremento generalizado de las desigualdades, en una creciente polarización de la riqueza, un ataque frontal a las condiciones de vida de las clases trabajadoras, y especialmente a las que mantenían una organización sindical y social importante, el recurso con pocos límites a la desindustrialización de regiones enteras para debilitar o, en el límite, destruir las posiciones de los trabajadores industriales, estrategia que al menos en parte de Estados Unidos y en Inglaterra se aplicó casi sin restricciones con los efectos que ya conocemos, entre otros, gracias a la cámara lúcida y a la imaginación del cineasta británico Ken Loach.

En Estados Unidos el ataque frontal contra sectores de la clase obrera industrial y los grupos sociales más desprotegidos, especialmente la población de origen afroamericano, se desarrolló tempranamente y en distintos frentes. La desindustrialización y el paro masivo fue uno de ellos, pero otro muy significativo fue la progresiva destrucción de los hábitat de estos grupos de población y su literal expropiación, transformando así la ciudad y sus complejos equilibrios sociales en un espacio más de la acumulación capitalista y un escenario privilegiado para la redistribución regresiva del ingreso. Las múltiples reverberaciones de este movimiento se han expandido por ciudades de Estados Unidos, Europa y amplias regiones de América Latina. Barcelona, la ciudad desde donde se elabora esta publicación, no ha sido ajena al impacto de este movimiento que modifica de forma sistemática y drástica la composición social de barrios enteros cuando están situados en zonas susceptibles de ser revalorizadas en un proceso que, con la perspectiva que tenemos ahora, apenas puede disimular su carácter expropiatorio.

El tratamiento dado a la crisis fiscal de Nueva York (en realidad una profunda crisis social urbana) a mediados de la década de 1970 constituyó a juicio de David Harvey «un golpe perpetrado por las instituciones financieras contra el gobierno democráticamente elegido de la ciudad, y no fue menos efectivo que el golpe militar que previamente se había producido en Chile. En medio de una crisis, la riqueza era distribuida hacia las clases altas». <sup>5</sup> Y continúa, citando otro trabajo: «Fue quizás una temprana y decisiva batalla de una nueva guerra cuyo objetivo era demostrar a otros que lo que estaba sucediendo en Nueva York podría, y en algunos casos así sucedió, ocurrirles también a ellos».

La transformación de la geografía de la pobreza urbana en las ciudades estadounidense adoptó a partir de la década de 1980 un ritmo muy inten-

so. El escritor y analista social Mike Davis describe este proceso asociándolo directamente a la desposesión que se produjo en las poblaciones del Tercer Mundo con las crisis de la deuda: «En la época Reagan-Bush, las grandes ciudades se convirtieron en un equivalente a un país del Tercer Mundo, insolvente y criminalizado, cuyo único camino a la redención es la combinación de militarización y privatización [...] Esta guerra de facto contra las ciudades ha sido uno de los pilares estratégicos de la moderna política conservadora, individualizando objetivos profundamente electorales y económicos». Y añade: «En la política urbana, la revolución reaganiana estaba tan orientada contra los legados de Nixon y Ford como los de Johnson y Kennedy».<sup>6</sup>

Podemos contrastar la pertinencia de esta descripción recordando las imágenes de devastación que dejó el Huracán Katrina en la ciudad de Nueva Orleans, pero sobre todo las imágenes de desastre social que el desastre natural hizo visible y que tenían ciertamente un desarrollo temporal muy diferente. Dos años después de la catástrofe, en un acto rutinario característico de la industria informativa, las cadenas de televisión volvieron a «mostrar» el paisaje social y urbano de la ciudad.

En realidad, el Katrina permitió visualizar como ningún otro acontecimiento en las últimas décadas, la profundidad de la regresión social de amplias zonas de Estados Unidos, el desarrollo de una especie de periferia interior situada fuera de las cámaras, no obstante perfectamente visible incluso desde la misma estadística social federal.<sup>7</sup> La consecuencia directa del cambio de óptica desde la Guerra contra la Pobreza a una guerra contra los pobres ha sido la formación de un estado carcelario y el desarrollo de una poderosísima industria del miedo. La composición social y étnica de la gigantesca población penal de Estados Unidos es un indicador de primer orden para valorar el neoliberalismo como guerra de clase.

## **Despliegue del neoliberalismo en el sistema mundo**

El trabajo de David Harvey citado anteriormente ilustra su portada, tanto en la edición inglesa como en lengua castellana, con cuatro fotografías de dirigentes políticos que tuvieron un papel clave en la expansión del neoliberalismo en sus propios países o en una escala global según sea el caso: Ronald Reagan, Margaret Thatcher, Deng Xiaoping y Augusto Pinochet.

Evidentemente, no están todos los que son, pero sí es cierto que esta versión renovada de la «banda de los cuatro» capta temporal y espacialmente los puntos nodales de la cadena de acontecimientos que en un perio-

do breve (1973-1981) diseño con nitidez lo que sería el neoliberalismo y cómo esta respuesta condicionaría la vida de buena parte de la humanidad. En líneas gruesas, este conjunto de acontecimientos se traducen en: una mejora notoria de la situación de los capitalistas y grupos de altos ingresos en los países avanzados; irrupción continuada de crisis militares y geopolíticas en toda la periferia del sistema; hundimiento de América Latina en una crisis histórica, con una regresión social de la que aún no se recupera —la llamada década perdida—;<sup>8</sup> una integración de África en la economía global que la ha conducido a una regresión histórica en el ingreso y en las condiciones de vida de la población.<sup>9</sup>

Al mismo tiempo, facilitó la integración de las economías china, rusa e india en el capitalismo, ampliando enormemente el espacio de expansión de la economía y renovando así la creencia en el carácter ilimitado de las oportunidades para la acumulación capitalista.

Las oportunidades para el capitalismo estadounidense fueron portentosas y acordes con la hegemonía en cuyo marco se dio el despliegue de la respuesta neoliberal. Pero al mismo tiempo, frente a sus élites dirigentes, obscureció temporalmente su propio declive y el hecho de que la misma integración de China en la economía mundial capitalista, y de manera diferente de Rusia e India, con la consiguiente conformación de importantes clases capitalistas y amplio entramado de clases medias profesionales y gestoras de la administración y de los negocios, creaban condiciones que harían aún más difícil mantener una hegemonía que ya presentaba importantes vías de agua.

## **El Estado y la dinámica neoliberal**

La liberalización del comercio internacional, la desregulación y la privatización de los sectores públicos e incluso de los servicios básicos tales como la educación, la sanidad y algunas prestaciones sociales ha sido un punto nodal de la narrativa neoliberal. La imagen de que los funcionarios públicos constituyen un ejército de parásitos sociales y de que la administración estatal esta incapacitada para gestionar con eficiencia los asuntos públicos se ha encarnado en la cultura política y económica de segmentos cada vez más importantes de la sociedad, incluidos sectores de la socialdemocracia europea y de cierta izquierda latinoamericana. El punto estratégico en esta batalla es el papel que debe jugar el Estado en el nuevo diseño económico.<sup>10</sup> En este mismo volumen, Bellamy Foster cita, por ejemplo, a Ignacio Ramonet, un periodista que junto a *Le Monde Diploma-*

*tique* ha tenido mucha voz entre sectores de la izquierda antiglobalización, para ilustrar esta concepción: «La mundialización financiera ha creado de esta forma su propio Estado. Un Estado supranacional, que dispone de sus aparatos, de sus redes de influencia y de sus propios medios de acción. [...] El resultado es que las sociedades realmente existentes son sociedades sin poder. Y todo esto no deja de agravarse» («Desarmar los mercados», *Le Monde Diplomatique*, diciembre de 1997).

La potente campaña de deslegitimación del papel del Estado en la economía y en la asignación de recursos, el proceso de privatizaciones masivas que se produjeron en los años 1980 y 1990 y la mercantilización capitalista de las economías de Rusia y China, así como la desregulación y la lucha sin cuartel contra el llamado «capitalismo embridado» ha contribuido a que una parte de la izquierda, especialmente en Europa, identificase los parámetros de esta batalla de opinión pública con un hecho tangible y consolidado como era la supuesta irrelevancia del Estado para asegurar la reproducción económica.

En general, no existe un patrón único de aplicación del neoliberalismo en relación al Estado, al menos en las políticas concretas. En Estados Unidos resulta nítida la retirada del Estado de la provisión de bienes y servicios públicos y de las tareas redistributivas, pero en cambio cada vez es más importante en la reasignación de recursos por arriba, en el manejo macroeconómico a través del keynesianismo militar y en asegurar en una escala global las condiciones para mantener las posiciones de los grupos capitalistas de peso.<sup>11</sup> En Europa, la situación es más compleja y contradictoria. Los arreglos alcanzados han dependido de los equilibrios de fuerza y de las tradiciones políticas, del peso de los sindicatos o de las condiciones históricas en que se gestó el capitalismo de la postguerra. Lo ocurrido en Europa Central, en Francia, Escandinavia o España difícilmente puede ser analizado como una línea de fuerza compacta y coherente, aunque en todos se han producido privatizaciones directas o indirectas y el Estado ha cambiado algunos de sus roles, especialmente reduciendo su papel de actor de la política industrial y compartiendo —de hecho privatizando indirectamente— con el mercado la provisión de bienes básicos tales como la sanidad, la educación y ahora incluso la llamada «seguridad». La mayoría de indicadores muestran que en el capitalismo europeo, después de años de políticas neoliberales, el Estado sigue teniendo un papel clave en la dinámica capitalista.

En los países de la periferia o semiperiferia o incluso en países grandes como México, Brasil o Argentina, la intensidad de la aplicación de las políticas neoliberales puede, en un primer momento, hacer un poco más plau-



sible la idea de irrelevancia creciente del Estado, pero un análisis más detallado muestra que este antes que nada cambió de funciones y sobre todo que empezó a ser controlado por grupos sociales y económicos con un proyecto nítido que trataban como lastre todo aquello que no servía a sus intereses y diseño estratégico. El Estado en estos países ha sido y sigue siendo un instrumento fundamental para la aplicación del neoliberalismo, aunque el discurso neoliberal lo presentase como uno de los obstáculos que imposibilitan la expansión económica y la libertad de las personas.<sup>12</sup> Toda la regresión económica, la redistribución drástica del ingreso que se produjo en las situaciones de crisis y los posteriores ajustes y en el desarrollo y aplicación de las distintas formas de desposesión neoliberal resulta incomprensible si no se analiza el papel fundamental jugado por el Estado.

### **Algunos desarrollos neoliberales**

La expansión y difusión ideológica del neoliberalismo en la periferia ha tenido como instrumento clave la conversión de la doctrina neoliberal en una especie de nueva «economía del desarrollo». La buena gobernanza, que abre camino a la ayuda internacional, al crédito y a la calificación positiva de las agencias financieras, ha de aplicar los parámetros del credo liberal ya conocidos. En su trabajo (capítulo 3), Rémy Herrera analiza este transformismo neoliberal, operado principalmente a través de los trabajos del Banco Mundial, que intentan dar una pátina de cientificidad a lo que, según sus palabras, «es sólo la estrategia puesta en práctica por las altas finanzas para esquilmar al Sur». Rémy Herrera resalta cómo algunas ideas, gestadas en los arcanos ideológicos del Banco Mundial, son retomadas por académicos o centros universitarios que las redifunden, reconvertidas en conocimiento o moda académica. El autor analiza de forma muy crítica el papel jugado por algunos economistas que en la última etapa han marcado una distancia con la cultura y tradición neoliberal. Sus dardos se dirigen principalmente contra Joseph Stiglitz, Paul Krugman y Jeffrey Sachs, todos ellos comentaristas habituales de la prensa internacional, a los que acusa de tener un papel legitimador al no romper radicalmente con los parámetros neoliberales. En realidad, resulta difícil compartir por completo un juicio como este cuando el debate público sobre todas estas cuestiones ha cegado la voz a cualquier visión que represente un cierto disenso. Y por otra parte, resulta inútil pedir posicionamientos más radicales a quienes se presentan a sí mismos como liberales (en el sentido estadounidense del término) y en sus escritos habitualmente proporcionan información y

puntos de vista más sosegados y escépticos sobre la deriva neoliberal. El problema más bien es que los economistas de izquierda no han sabido o no han podido articular una voz crítica, o que el espacio público mediático se cierra a cualquier posicionamiento o perspectiva anticapitalista.

Las formas artificiosas de actividad económica que se han desarrollado en estas tres décadas y que permiten que se considere absolutamente normal comerciar hoy día con bienes y servicios que no existen, que no se han producido, la naturalidad con que se habla de «mercados de futuro» u otras figuras igualmente pintorescas enmascara una mutación profunda del capitalismo, que en su fase más madura, Bellamy Foster, caracteriza como financialización.

El texto de Foster, «La financialización del capitalismo» (capítulo 2), pone el acento en una dimensión específica del despliegue neoliberal, como es la financialización, término que el autor sitúa a comienzos de los noventa. La conformación de este cambio estructural del capitalismo mundial ha sido descrita y analizada profusamente en las páginas de la edición estadounidense de *Monthly Review*, proporcionando un marco complejo y eficiente de interpretación, especialmente a través de los escritos de Paul Sweezy y Harry Magdoff.<sup>13</sup> Este trabajo resalta que la financialización del capitalismo ha producido un sistema más incontrolable y señala: «un rasgo característico de las burbujas especulativas es que, cuando dejan de expandirse, explotan. El incremento sostenido del riesgo y las constantes infusiones de dinero en el sistema financiero, por lo tanto, son elementos tanto más necesarios cuanto más frágil se vuelve la estructura financiera» (p. 52). Una conclusión tan inquietante como próxima y actual.

El capitalismo estadounidense de las últimas décadas ha reestructurado profundamente su población activa a través de movimientos complementarios. La «desindustrialización» de la década de 1980 creó un verdadero ejército de población sobrante y subocupada, al tiempo que los nuevos desarrollos económicos, incluyendo la amplísima gama de actividades informales, dieron entrada a población inmigrante procedente de México y Centroamérica, principalmente. El trabajo de Richard Vogel, sobre los «trabajadores invitados» (capítulo 5) documenta con profusión de datos la situación en que se encuentran hoy día 12 millones de personas inmigrantes «ilegales» en Estados Unidos que trabajan y viven sin derechos y sin acceso a la ciudadanía, así como el enfoque principalmente policial con que se aborda esta situación desde la política pública.

James M. Cypher aborda en «Del keynesianismo militar al militarismo global-neoliberal» (capítulo 7) el papel histórico del militarismo en Estados Unidos y la función clave que reviste en este momento de crisis de hegemonía sistémica. Cypher analiza con detalle las distintas orientaciones que se han

dado en torno al despliegue avanzado del militarismo en los *establishment* militar y político y el significado de la invasión de Irak en 2003 como punto culminante de la hegemonía del militarismo neoliberal encarnado en personajes como Paul Wolfowitz, Richard Pearle, Dick Cheney o Donald Rumsfeld.

Y complementariamente, las crisis —numerosas— inducidas por el predominio neoliberal y el nuevo militarismo. Noam Chomsky nos recuerda en su trabajo (capítulo 6) el ya viejo interés geoestratégico de los gobernantes estadounidenses por Oriente Próximo, así como su alianza con Sadam Husein en su guerra contra el régimen iraní surgido tras la revolución de 1979. Ahora, pese al atolladero en que se encuentra Bush dentro de Irak, con una población que mayoritariamente exige la retirada de las fuerzas ocupantes —a lo que se suma la degradación de la situación en Afganistán—, el mantenimiento de su presencia sigue siendo una opción necesaria dada su percepción de China como una amenaza geoeconómica a medio plazo. En esas condiciones, agravadas por la nuclearización creciente de la zona, Chomsky acaba alertando frente al riesgo de una guerra nuclear y las consecuencias que ello podría tener más allá de esa región.

Vicenç Navarro, en «La lucha de clases a escala mundial» (capítulo 4), defiende la vigencia de categorías y conceptos básicos del marxismo a la hora de analizar la realidad actual. El neoliberalismo ha sido y es una práctica de clase que ha conducido a una acentuación de las desigualdades no sólo entre países sino también dentro de cada uno de ellos. En ese proceso, pese a la retórica empleada por sus «teóricos», ha incidido sin duda la expansión innegable de la intervención estatal en la mayoría de los países del capitalismo desarrollado, si bien en un sentido muy distinto del que caracterizó al periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Reivindicando el concepto de clase social, Navarro pronostica que la confrontación que se encuentra delante nuestro no será la del «Norte» contra el «Sur» sino la que tiende a darse entre, por un lado, una alianza de las clases dominantes del Norte y del Sur y, por otro, las clases dominadas del Norte y del Sur.

Resumiendo lo expuesto hasta ahora: la «onda larga neoliberal» que estamos soportando tiene sus orígenes en la reacción capitalista frente al periodo que transcurre entre 1968 y 1975, a lo largo del cual se ven amenazadas las bases del sistema que ha presidido el capitalismo occidental de posguerra bajo la hegemonía de Estados Unidos. A partir de entonces se empieza a desarrollar, de nuevo con Estados Unidos como su principal motor, una nueva estrategia de «globalización» neoliberal por medio de una «guerra de clases desde arriba», destinada al debilitamiento estructural de las clases trabajadoras —bajo el impacto de los ya familiares fenómenos de las NTIC, la renovación de los métodos de organización del traba-

jo, la segmentación y precarización de los mercados laborales— y del movimiento obrero mundial —con unos sindicatos cada vez con menor anclaje social en los sectores más explotados y crecientemente identificados con el discurso de la «competitividad» y la «flexibilidad»—, así como a la conquista de nuevos espacios —facilitada por la reinserción en el capitalismo de los países del extinto «bloque soviético» y, luego, China, nueva potencia emergente, convertida en «fábrica global»— y a la privatización de recursos, servicios públicos y bienes comunes básicos. Todo ello con el fin de garantizar una nueva fase de acumulación flexible de capital a escala global, la cual tiene en la financiarización y en el poder creciente de las empresas transnacionales sus manifestaciones más visibles. Ese proceso ha conocido diversas etapas y ha entrado desde la segunda mitad del decenio de los 1990 en crisis intrasistémicas crecientes, pero sin que ni las primeras protestas significativas —la revuelta zapatista de Chiapas en 1994 y la movilización huelguística en Francia en 1995— ni, sobre todo, el desarrollo de un movimiento «antiglobalización» desde finales de 1999 hasta febrero de 2003 —con las manifestaciones también globales contra la guerra de Irak— hayan conseguido pasar de procesos de deslegitimación ética del neoliberalismo a otros de ruptura con el mismo, salvo en algunos países de América Latina.

El relativo giro desencadenado tras el 11-S de 2001 ha contribuido, además, a que se produzca una creciente convergencia entre neoliberalismo y neoconservadurismo en los países occidentales, así como a una creciente remilitarización del planeta y al recorte de derechos y libertades fundamentales, utilizando como pretexto una «guerra global contra el terror» que tiene, además, en el inconsistente discurso del «choque de civilizaciones» su coartada ideológica para convertir en «enemigo» o «sospechoso» al «resto del mundo» no occidental y especialmente a aquel en donde predomina la religión musulmana, incluida la población trabajadora inmigrante en Occidente originaria de esas zonas.

La enorme redistribución de la renta de abajo a arriba producida a lo largo de los tres últimos decenios, con la consiguiente agravación de las desigualdades sociales entre los distintos países pero también dentro de la mayoría de ellos, constituye sin duda un triunfo del neoliberalismo, del mismo modo que sus logros en convertir muchas de sus ideas-fuerza en «sentido común» de los y las de abajo. Pero tanto sus periódicas y desastrosas crisis —con el consiguiente aumento de los «Estados fallidos» y el aumento de las guerras locales y regionales— como los efectos recientes del estallido de la burbuja financiera e inmobiliaria revelan su ineficacia para garantizar un crecimiento sostenido de la economía capitalista y su «gober-

nanza global», al igual que su incapacidad para evitar el potencial desestabilizador que genera su injusticia creciente. Con mayor razón cuando esa nueva fase de concentración de la riqueza en una minoría se ha producido a costa no sólo de la mayoría de seres humanos sino también del agotamiento de un «modelo» de producción, transporte y consumo basado en los combustibles fósiles que pone en riesgo el futuro de la vida en este planeta.

Salvador Aguilar, Vicenç Navarro, Arcadi Oliveres,  
Jaime Pastor y Carlos Zeller  
Barcelona, diciembre de 2007

## Notas

1. *El virus liberal*, Samir Amin, Hacer Editorial, Barcelona, 2007.
2. Véase «Neoliberalismo: un balance provisorio», Perry Anderson, en *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*. Disponible en <http://bibliotecavirtual.clasco.org.ar>
3. Resulta significativo al respecto ver la estrechísima relación que se estableció entre Margaret Thatcher, la líder de una de las «grandes democracias» según la retórica al uso, y el dictador chileno Augusto Pinochet, relación que se mostró en toda su ternura durante la detención de Pinochet en Londres.
4. Véase el texto «Le néolibéralisme sous l'hégémonie États-Unienne», Gérard Duménil y Dominique Lévy, CEPREMAP-CNRS, París, 2003. Web: <http://www.cepremap.ens.fr>. Los autores fundamentan su caracterización *golpe de 1979* en los efectos inmediatos que tuvieron las medidas de choque —cambios en el tipo de interés, la fiscalidad, la privatización y desregulación de segmentos enteros de la economía— sobre la vida de los grupos y clases sociales más bajos y, en general, la devastación social que produjo en los países centrales y la violencia paroxística con que irrumpió en América Latina, especialmente en México y Argentina con la llamada crisis de la deuda a comienzo de la década de 1980.
5. Véase *Breve historia del neoliberalismo*, página 54, David Harvey, Akal, Madrid 2007.
6. *Ciudades muertas: Ecología, catástrofe y revuelta*, páginas 162-163, Mike Davis, Traficantes de Sueños, Madrid, 2007.
7. Ver el excelente texto «Hurricane Katrina: The Race and Class Debate» de Kristen Lavelle y Joe Feagin, *Monthly Review* volumen 58, nº 3, julio-agosto de 2006.
8. América Latina redujo brutalmente su crecimiento en el periodo en que se aplicó de forma más pura el neoliberalismo (1979-2000). Entre 1980 y 2005 se aplicaron más de 80 programas de ajuste estructural diseñados por el FMI en los distintos países de América Latina con los efectos macroeconómicos conocidos y con devastaciones sociales más propias de una guerra, como ocurrió en México, Argentina o Ecuador, entre otros países, según muestra la evolución de los indicadores sociales más básicos. En los años 80 y 90 era corriente que el FMI mantuviese oficinas propias en los Ministerios de Hacienda y Economía de los países en los que se estaba aplicando algún plan de ajuste. La forma desmedida en que los medios de comunicación locales daban cuenta de la llegada al país de alguna «misión» del FMI (en la mayoría de los casos 3 o 4 directivos de rango medio o incluso bajo) es un buen indicador para visualizar el control que las instituciones financieras lograron tener de la economía y de la vida política durante esos años.

9. Véase «El Cuarto Mundo: subdesarrollo endémico en África», Samir Amin, en *Monthly Review: Selecciones en Castellano*, n° 4, Hacer Editorial, Barcelona, 2005. El autor resalta la profunda integración de África en la economía global, muestra cómo, comparativamente, las economías africanas están mucho más extrovertidas, tienen un peso mayor del comercio internacional en su PIB comparadas con otras regiones de la periferia y cómo nada de esto —que desde el credo neoliberal facilita el despegue— ha impedido que durante toda la década de 1990 el crecimiento anual haya sido negativo (-0,2% anual). Frente a la idea de los economistas neoliberales de que se trata sólo de una «transición difícil», el autor señala: «La destrucción del tejido social, la pobreza creciente y la regresión en educación y salud no pueden brindar un futuro mejor ni ayudar a los productores africanos a volverse “más competitivos”, como se espera de ellos».
10. Una parte considerable, al menos grupos y personas con mucha voz, de la izquierda altermundista difundió ideas y argumentos sobre la irrelevancia del Estado en el diseño neoliberal, argumentando a partir de medidas concretas tales como las privatizaciones y, al mismo tiempo, obviando las nuevas funciones asumidas por la maquinaria estatal y su papel clave en la redistribución del ingreso con criterios regresivos. La privatización fue una herramienta poderosísima para concentrar la riqueza, crear grupos capitalistas con suficiente masa crítica; pero en toda esta historia, el Estado fue fundamental aunque los grupos que se beneficiaban de este despliegue mantuviesen una intensa ofensiva ideológica en «contra del Estado» y de lo público. Pensamos que todo este diagnóstico, poco real y nada fundamentado, está en el pasivo del papel, que en otros aspectos ha sido muy positivo, jugado por parte de la izquierda antiglobalización.
11. Véase «Neoliberalism as a Class Ideology; Or, The Political Causes of the Growth of Inequalities», Vicenç Navarro, en *Neoliberalism, Globalization and Inequalities: Consequences for Health and Quality of Life*, Baywood Publishing Company, Nueva York, 2007. En este trabajo se resalta cómo incluso en la política industrial las distintas administraciones estadounidenses han tenido una intervención elevada y en algunos casos, como la biomedicina, ha sido una de las más intervencionistas y proteccionistas dentro de los países de la OCDE. Un aspecto más de las contradicciones señaladas entre la teoría y la práctica neoliberal.
12. Podemos recordar a este respecto el incidente producido entre los representantes del Gobierno español y el presidente de Venezuela Hugo Chávez en la Cumbre Iberoamericana, celebrada en Santiago de Chile, que tantos ánimos ha encrespado en España. Resulta como mínimo chocante el énfasis de Rodríguez Zapatero en explicar a los jefes de gobierno y de Estado presentes que las grandes empresas españolas tributan en España con un tipo impositivo del 35% cuando cualquier movimiento que ha pretendido imponer a estas mismas empresas gravámenes incomparablemente más bajos en estos países ha sido calificado como expropiación o expolio y ha contado con la oposición decidida y radical del Gobierno español. Esto explica, por otro lado, la desproporcionada parte de los beneficios que proceden de estos países, aun cuando la actividad realizada allí es una porción reducida del total. Toda una lección de neoliberalismo presentado con rostro amable.
13. Los escritos de Sweezy y Magdoff sobre el tránsito de la «economía real» a una «economía financiera», considerado por los autores como una de las líneas de fuerza principales de la coyuntura económica y de la dinámica capitalista en las décadas de 1980 y 1990, son muy numerosos y, algunos de ellos, imprescindibles para valorar esa etapa y comprender la gestación de la globalización financiera. Ver en particular: *Stagnation and the Financial Explosion*, Harry Magdoff y Paul Sweezy, Monthly Review Press, Nueva York, 1987. Este trabajo fue escrito como una respuesta al editorial de un número monográfico sobre la «economía y la sociedad de casino» de *Business Week*.